

**REVISTA DEL NOTARIADO**  
**Colegio de Escribanos de la Capital Federal**

*CARLOS PELLEGRINI(\*) (739)*

ALBERTO RODRÍGUEZ VARELA

La Historia es uno de los contenidos esenciales de la Ciencia Política. El conocimiento del pasado se integra en una visión amplia de dicha disciplina con la cosmovisión filosófica, la descripción sociológica de la realidad material y espiritual y la teoría jurídica del Estado. La sapiencia histórica constituye, también, un presupuesto de la virtud arquitectónica de la prudencia, cuya misión es conciliar el saber político con el recto proceder del gobernante. El estadista que desconozca la Historia o prescindiera de sus enseñanzas inexorablemente perderá el rumbo e incurrirá en deplorables extravíos.

La República Argentina vive momentos cruciales. La invasión de doctrinas ajenas a nuestra tradición histórica sirvió de terreno propicio para la acción de quienes, en años recientes, procuraron destruir la convivencia. Las ideas fundamentales que contribuyeron a conformar nuestra nacionalidad perdieron nitidez entre algunos sectores como consecuencia de la demolición emprendida por las fuerzas totalitarias.

**REVISTA DEL NOTARIADO**  
**Colegio de Escribanos de la Capital Federal**

Nos hemos dejado tentar por el canto de las sirenas del siglo XX, restando significación a la austeridad, el sacrificio, el esfuerzo, el trabajo, en fin, a las virtudes sociales que contribuyeron a engrandecernos y que permitieron en la segunda mitad del siglo pasado conformar una Nación con visión de futuro, dispuesta a expandirse con el aporte fecundo de criollos e inmigrantes.

Ante tanta confusión, los argentinos nos hemos propuesto volver a las fuentes. Debemos buscar inspiración en los grandes arquetipos, en los constructores de la República, particularmente en los hombres que, en sentido amplio, identificamos como integrantes de la generación del ochenta. Carlos Pellegrini, nacido en 1846 y fallecido en 1906, es incluso desde el punto de vista cronológico uno de los hombres más representativos de esa generación. A sus ideas políticas y a su actuación más descollante nos referiremos en esta breve remembranza. Y lo haremos aquí, en esta Facultad de Derecho, de la que egresó en 1869, y en cuyas aulas recibió una sólida formación jurídica y humanista que constituyó el punto de partida de su itinerario político.

La trayectoria de Pellegrini pone de relieve una de las modalidades más salientes de nuestra estructura social, frecuentemente disimulada, negada o deformada por las exégesis marxistas. Nos referimos a la capilaridad social. Desde su nacimiento, nuestro país demostró cabalmente que no tenía el propósito de adoptar una organización social estática sino dinámica. A los cargos de más alto nivel ascendieron hombres de origen humilde, quienes nunca debieron dar explicaciones sobre su linaje. Ello no importó que el país despreciara las tradiciones. Al contrario, los hombres de la primera generación argentina, como Echeverría y Alberdi, o la posterior, como Cané y Avellaneda, tuvieron clara visión histórica. Y los hijos de los próceres de la independencia, lejos de sumar con su ascendencia un motivo de privilegio, tenían conciencia de que la acción de sus padres no sólo no les confería derecho sino que les imponía deberes de inexcusable observancia. Podrían llegar, también, a las cumbres de la política, del arte o de las letras, si además de su linaje acreditaban de modo fehaciente su capacidad y su virtud.

Pellegrini perteneció al amplio sector de hombres que se impusieron por el mérito de su talento y de su esfuerzo. Su padre era un inmigrante franco - italiano, ingeniero y retratista, que ejerció sobre sus hijos una influencia ponderable. La madre de Pellegrini tampoco pertenecía a las viejas familias argentinas. Era hija del ingeniero Santiago Bevan, londinense llegado al Río de la Plata durante la gobernación de Martín Rodríguez para desempeñarse al frente del Departamento Hidráulico.

La primera actuación pública de Pellegrini se produce durante la presidencia de Sarmiento. El ilustre sanjuanino es, precisamente, un mandatario argentino que con su propia vida corrobora lo que hemos expuesto sobre la movilidad social argentina. En su autobiografía titulada *Mi Defensa*, publicada en Chile en 1843, expresa: He nacido en una familia que ha vivido largos años en una mediocridad muy vecina a la

**REVISTA DEL NOTARIADO**  
**Colegio de Escribanos de la Capital Federal**

indigencia y hasta hoy es pobre en toda la extensión de la palabra. . . Mi vida ha sido desde la infancia una lucha continua. . .

Un representante típico del ochenta, Leandro N. Alem, hace también su aparición pública en los comienzos de la presidencia de Sarmiento. Amigo y compañero de estudios de Pellegrini se irá paulatinamente distanciando hasta mantener ambos una célebre polémica. El 8 de junio de 1869 se gradúa en la Universidad de Buenos Aires como doctor en jurisprudencia. Dedicó su tesis a su madre sin ocultar ante nadie su vida humilde y austera. Sólo calla en toda circunstancia, salvo alguna aislada confidencia, cualquier referencia a su padre: el mazorquero ajusticiado después de Caseros. "La presidencia de Sarmiento - afirma Julio Noble - le es propicia. En su transcurso da los primeros pasos en el terreno político, y adquiere prestigio. Los nuevos amigos lo aceptan así, como es, sin escudriñar su pasado, valorando sus condiciones, que muestra pronto en medida suficiente como para superar el pesado lastre que significa el trágico fin de su padre". No tarda en transformarse en prominente dirigente alsinista de la parroquia de Balvanera. La movilidad social existente en la Argentina permitió a Alem ascender hasta los niveles más altos. Lo mismo podríamos decir de Aristóbulo del Valle, "temperamento de luchador y de artista - según definición de Rivero Astengo - que había superado su origen humilde por la aristocracia de su inteligencia y la grandeza de su corazón".

Otro representante genuino de esta generación abierta al talento y a la idoneidad fue Ramón J. Cárcano, hijo de un inmigrante italiano que pudo llegar a la presidencia de la República en 1892 si no hubiera sobrevenido la crisis del 90.

La convicción de que los hombres más capaces son los que deben gobernar fue expuesta tempranamente por Pellegrini en la tesis doctoral que presentó en 1869, a los 22 años de edad. Ya el joven doctor era un hombre fogueado. Con otros universitarios como Dominguito Sarmiento, Francisco Paz - el hijo del vicepresidente - , Dardo Rocha, Amancio Alcorta, Norberto Quirno Costa, Leandro N. Alem, Aristóbulo del Valle y Francisco Bosch - por citar algunos - había intervenido en la cruenta guerra con el Paraguay, participando heroicamente en combates como el de Tuyuty, sobre cuyo desarrollo dejó escrita una página póstuma memorable. Vuelto a la vida civil, Pellegrini coronó sus estudios con la citada tesis titulada El Derecho Electoral. En ella postuló el acceso al poder de los más virtuosos, electos por un cuerpo electoral en el que la condición de alfabeto debía constituir requisito para integrarlo. Estas ideas son concordes con las que procuró infundir en su espíritu el canónigo Eusebio Agüero, rector del Colegio Nacional, cuando proponía a sus alumnos "una democracia del saber, de la virtud y del talento", al tiempo que solía prometerles: les he de lanzar como leones.

El Rector, antiguo desterrado unitario y ex capellán del general Paz, procuraba - según expresión de Roberto Aizcorbe - "Sacar hombres austeros, conscientes del titánico sacrificio necesario para levantar un país en una sola jornada, y capaces de bastarse completamente a sí

**REVISTA DEL NOTARIADO**  
**Colegio de Escribanos de la Capital Federal**

mismos en la lucha contra el desierto que les esperaba".

El pronóstico se cumplió. Como leones se lanzaron Pellegrini y sus condiscípulos a la lucha política. Eran tiempos bravíos. Las prácticas electorales, contra las que clamaba el joven doctor, eran viciosas, pero no derivaban de la existencia de ninguna oligarquía. Eran expresión de la inmadurez cívica de la época. El propio Alem, a quien nadie podría catalogar de oligarca, y que con el tiempo será abanderado de la pureza electoral, participó en aquellas décadas del 60 y del 70, con sus correligionarios del partido autonomista, en las tramoyas y trajines propios del quehacer comicial. "Ya diputado nacional - comenta Noble - , se le seguía conociendo todavía como caudillo ruidoso y arremetedor, que lo era sin duda, pues en su feudo de Balvanera el atrio de la iglesia resultaba en días de elecciones prácticamente inaccesible para los adversarios".

Quizá podría formularse un cargo a esta generación fundadora porque no acompañó su preocupación por la educación escolar, que eficazmente muestran las primeras presidencias, con medidas concretas para obtener igualmente la educación cívica del electorado. Este error no era fruto de la actividad deliberada de grupos enquistados en el gobierno, sino consecuencia de una discutible concepción de la acción cívica. La política era para los hombres de la época un quehacer de corajudos, pródigo en incidencias que a veces se resolvían con las armas o mediante el vuelco de padrones. Lo notable es que el sistema no estaba al servicio de un núcleo cerrado. Eran varias las tendencias enfrentadas que aceptaban las reglas de juego. Y, lo que es aún más notable, todas enviaban sus mejores hombres a las legislaturas y al Congreso Nacional. Esto último lo reconoció el diputado nacional doctor Nicolás Repetto, de notoria militancia socialista, en la sesión del 28 de agosto de 1930. En esa oportunidad, al enjuiciar a los gobiernos de la década del ochenta, reconoció, empero, que en la Cámara estaban las mayores capacidades de su tiempo, los hombres más capaces del momento.

Desde los orígenes de su actuación pública, Pellegrini exhibió particular interés por los temas económicos, financieros y bancarios. En 1867, antes de graduarse, ingresó al Ministerio de Hacienda, en el que fue luego nombrado subsecretario por el presidente Sarmiento. Fueron sus colegas en las subsecretarías de los restantes ministerios nacionales José Manuel Estrada, Luis V. Varela, Aurelio Prado y Eudoro Balsa. En la reducida planta administrativa de entonces se formaban hombres que más adelante tendrían descollante actuación pública. Aristóbulo del Valle era oficial mayor en Guerra y Marina; José A. Terry, archivero del Ministerio del Interior; Miguel Goyena, oficial 1° del Ministerio de Guerra; Antonio Zinny, jefe del archivo de Relaciones Exteriores. Tenían cargos de menor jerarquía Virgilio Tedín, Mariano Pelliza, Miguel Cané, Hipólito Yrigoyen y Juan Carlos Belgrano.

En marzo de 1872, Pellegrini, a los 25 años, obtiene en la Legislatura de Buenos Aires la primera diputación. Allí tendrá como colegas a Francisco Alcobendas, Leandro N. Alem, Luis Lagos García, Juan José Montes de

**REVISTA DEL NOTARIADO**  
**Colegio de Escribanos de la Capital Federal**

Oca, Aristóbulo del Valle y Enrique O'Gorman. No tarda, sin embargo, en ascender al plano nacional. Antes de que transcurran dos años desde su ingreso a la Legislatura se incorpora al Congreso como diputado. Al año siguiente, se suma a la febril actividad derivada de las elecciones nacionales convocadas para el 1º de febrero de 1874. Se consideraba que los resultados del comicio serían un índice que marcaría las posibilidades de quienes aspiraban a reemplazar al presidente Sarmiento. "Jamás la exacerbación de los ánimos partidarios - dice Alberto Palcos - había llegado a peores extremos". Los comicios fueron ocasión de verdaderas batallas campales. Tales violencias eran, lamentablemente, costumbres de la época que señalaban la necesidad impostergable de educar al soberano, no sólo en las escuelas, sino también en el plano cívico. En estos comicios, el ambiente de fraude y violencia fue completo. "La falsificación de los registros electorales, la venalidad y el atropello, soeces insultos y tremendas calumnias, presiones de la política y ataques a mano armada, heridos y muertos, todo - afirma Miguel Angel Cárcano - ocurrió en el proceso electoral". Los autonomistas de Alsina y los nacionalistas de Mitre chocaron con singular violencia. Luego de los comicios, el escrutinio en la Legislatura agravó la situación. El fraude era pronosticado por los diarios mitristas ante la demora en elevar las actas correspondientes a varios distritos. Finalmente, las cifras que arrojó el escrutinio colmaron de indignación al Partido Nacionalista: "Las actas verdaderas de Giles, Zárate, San Nicolás, Dolores, Rauch, Ayacucho y Tuyú, que en conjunto - según Bernardo González Arrili - habían dado en el escrutinio preliminar 1.612 votos a los mitristas y 1.484 a los alsinistas, mediante una burda sustitución arrojaron 372 y 3.693 votos, respectivamente". Proliferaron las protestas en el sector mitrista. Pero la decisión estaba tomada. Los autonomistas, en lugar de acortar distancias con los nacionalistas, se acercaron a los localistas del interior. Se nucleó así una alianza dispuesta a apoyar en los comicios presidenciales a la fórmula Avellaneda - Acosta. Tal coalición, en la que militó Pellegrin, fue la base del Partido Autonomista Nacional que, a partir de la presidencia de Roca, será una fuerza política de notoria gravitación en el país durante más de veinte años. En abril de 1874, dicha fórmula se impuso holgadamente a la que integraban Mitre y Torrent.

La revolución armada, empero, no se habría producido si la Cámara de Diputados de la Nación hubiera rechazado los diplomas de los electos en los comicios fraudulentos de febrero. Pero después de dos meses y medio emitió dictamen la Comisión de Poderes. "Su lectura - comenta Noble - realizada a ochenta y seis años de distancia, produce pena. No hace falta leer el debate a que dio origen, tan evidente aparece el propósito de llegar a cifras favorables al partido gobernante... Sólo pasiones eneguedoras y la tradicional intolerancia, explican esta desviación inicial, en la que se mezclaron los porteños intransigentes que habían querido una política de sangre y fuego con el interior, y los herederos de los caudillos provinciales destinados a ser sus víctimas,

**REVISTA DEL NOTARIADO**  
**Colegio de Escribanos de la Capital Federal**

que aprovecharon la oportunidad para iniciar la revancha de Pavón, presentando sus cuentas al vencedor. Seis años después - concluye Noble - , con la conquista provinciana de la capital, la cuenta quedó saldada".

La reacción entre los mismos alsinistas no fue uniforme. Algunos, como Estanislao Zeballos y Adolfo Dávila, se apartaron de sus filas. Análoga actitud asumió José C. Paz, quien, desde La Prensa, había apoyado la candidatura presidencial de Avellaneda. Pellegrini, que desde su tesis doctoral había exteriorizado su preocupación por la moralización de las prácticas cívicas, sin abandonar la militancia autonomista, confiando en mejorar la situación desde el interior del proceso, no ocultó ante sus amigos su profunda preocupación. Ezequiel Ramos Mejía recuerda en sus Memorias "la llegada del diputado Carlos Pellegrini al Club del Progreso, donde se encontraba un grupo de jóvenes y viejos, algunos socios, amigos personales y políticos, en espera de noticias de la tumultuosa sesión de escrutinio. ¡Qué gran barbaridad acabamos de hacer! - dijo el joven diputado alsinista llevando ambas manos a la cabeza, luego de dejar el sombrero sobre una mesa - y como consternado repitió: ¡Es una gran barbaridad! Nunca en los años que siguieron - agrega Ramos Mejía - lo he visto más sincero ni más previsor".

La preocupación de Pellegrini era fundada. La gota que desbordó el vaso y obligó a Mitre, a pesar de sus reservas, a encabezar la insurrección armada, fue la incorporación al Congreso de los diputados autonomistas electos en Buenos Aires, el 1º de febrero.

Ante la actitud de la Cámara de Diputados, José C. Paz, desde La Prensa - fundada cuatro años antes - publicó un editorial titulado "El último recurso" que concluía con esta lacónica advertencia: cerramos desde hoy la sección editorial para ponernos al servicio del pueblo en el terreno de los hechos.

Pero la insurrección, enérgicamente enfrentada por Sarmiento y luego por su sucesor Avellaneda, a quien secundó eficazmente su ministro de Guerra, Adolfo Alsina, fue sofocada. Entre los insurrectos figuraban jefes importantes, algunos de legendaria actuación, pero sus fuerzas carecían de armamento. De 4.000 hombres sólo estaban correctamente armados 270. El resto tenía sables y carabinas viejas. Así se explica que tras un pequeño triunfo en Las Flores, los insurrectos fueran doblegados en La Verde por los setecientos hombres que comandaba el coronel Inocencio Arias.

El triunfo de Avellaneda fue total. Pero quedó solo, sin oposición institucionalizada. Ante esta situación, su proverbial equilibrio le movió a intentar una conciliación con el adversario. Al fin de cuentas los autonomistas y los mitristas reconocían como común origen al Partido Liberal triunfante en la batalla de Pavón. Por ello, el Presidente, secundado por Adolfo Alsina, y con la cooperación de hombres como Pellegrini, inició una política conciliatoria que se tradujo en amnistía para los insurrectos de 1874 y, posteriormente, en una alianza política entre

**REVISTA DEL NOTARIADO**  
**Colegio de Escribanos de la Capital Federal**

los sectores en pugna. Algunos autonomistas, empero, no aceptaron la conciliación y fundaron en 1877 el Partido Republicano. Figuraban entre ellos Leandro N. Alem, Francisco Uriburu, Bernardo de Irigoyen, José Manuel Estrada y Pedro Goyena. La lectura del programa del nuevo partido revela, sin embargo, que no eran principios los que separaban a los diversos sectores sino discrepancias temperamentales, apasionamientos del momento y diferencias en cuanto a los candidatos para los próximos comicios.

Pellegrini permaneció fiel a la política de Avellaneda. Alsina, el promotor máximo de la conciliación, murió prematuramente el 29 de diciembre de 1877, a los 49 años de edad. En la defensa frente a los ataques del indio se había prodigado hasta el exceso. Carente el erario de recursos mínimos para proveer a las tropas, Alsina - ministro de Guerra - llegó al extremo de hipotecar silenciosamente una finca de su propiedad para obtener recursos destinados a los abnegados fortineros. Eran tiempos de generosidad y heroísmo. El coronel Levalle, jefe de las fuerzas apostadas en Carhué, arengaba por entonces a sus hombres con estas palabras: No tenemos yerba ni tabaco, ni pan, ni ropa, ni recursos, ni esperanzas de recibirlos. Estamos en la miseria, pero tenemos deberes que cumplir.

La desaparición de Alsina fue fatal. Era el reemplazante natural de Avellaneda. Su muerte - ha dicho Octavio Amadeo - "fue como el hundimiento en el mar de un buque insignia". En el autonomismo quedaban ahora, como figuras consulares, Roca y Pellegrini. No pudieron, sin embargo, mantener la línea conciliatoria. La renovación presidencial y el problema de la capital fueron cuestiones que suscitaron nuevos enfrentamientos. Roca, ministro de Guerra y virtual candidato oficial, fue reemplazado en su cartera por Pellegrini, quien poco antes había dejado su diputación nacional para desempeñarse fugaz y eficazmente como ministro de Gobierno en la provincia de Buenos Aires. Se llegó así a las graves jornadas del 80, en las que el gobierno provincial de Carlos Tejedor se enfrentó con el Poder Ejecutivo Nacional. El desembarco por la fuerza, en contravención de disposiciones recientemente sancionadas por las autoridades nacionales, de 5.000 fusiles y 500.000 cartuchos para la provincia de Buenos Aires, fue la chispa que encendió la hoguera. La reacción de Avellaneda fue inmediata. Marchó a Chacarita en carruaje, sin escolta, acompañado por su ministro Carlos Pellegrini. Se dirigió luego al pueblo de Belgrano y con fecha 4 de julio de 1880 lo declaró capital provisoria de la República. Fracasadas las gestiones de paz, se produjeron sangrientos encuentros entre las fuerzas nacionales y provinciales en Olivera, Puente Alsina, Los Corrales y Plaza Constitución que dejaron un luctuoso saldo que osciló, según las crónicas, entre dos y tres mil muertos. Tal fue el precio de sangre que debió pagarse para poner término a uno de nuestros más graves problemas institucionales.

Al tiempo que concluía la cuestión capital, federalizándose la ciudad de Buenos Aires, se organizó, bajo la sombra del general Roca, en julio de

**REVISTA DEL NOTARIADO**  
**Colegio de Escribanos de la Capital Federal**

1880, el Partido Autonomista Nacional. Entre sus promotores figuraban Aristóbulo del Valle, Luis Sáenz Peña, Bernardo de Irigoyen, Dardo Rocha, Eduardo Wilde, Torcuato de Alvear, José Hernández, Miguel Cané, Marcelino Ugarte y Lucio V. Mansilla. Contaba, por supuesto, con la adhesión de Pellegrini. "Firma el manifiesto inicial - dice Horacio Zorraquín Becú - Hipólito Yrigoyen, pero su tío Leandro N. Alem se niega a hacerlo. Hipólito está con Roca. Leandro en contra. Se opone a la federalización de Buenos Aires. Está, sin quererlo, con Mitre y Tejedor". En la Legislatura de Buenos Aires la voz de Alem clamó contra la federalización de Buenos Aires. Pero no tuvo eco favorable. El Partido Autonomista, fundado en 1862 para oponerse a dicha federalización, resolvió en 1880 modificar su criterio. Habían cambiado las circunstancias políticas. La Legislatura porteña aprobó la cesión de la ciudad capital por 36 votos contra 4. Quedaba así solucionado un problema complejo. Pero nacía otro: el de la hipertrofia de Buenos Aires, es decir, el surgimiento y la consolidación de una megalópolis desproporcionada con relación al resto del territorio argentino.

Luego de asumir el general Roca la presidencia, Pellegrini quedó momentáneamente en disponibilidad. Su actuación en los recientes sucesos había sido decisiva. Una personalidad fuerte y pujante como la de Tejedor había encontrado un adecuado contrincante en el ministro de Guerra de Avellaneda. En los sucesos bélicos, Pellegrini había figurado en el frente, como siempre, prescindiendo de su investidura ministerial.

El general Roca, que inauguró su presidencia bajo el lema paz y administración, recibió de Avellaneda un país en proceso de desarrollo económico y cultural. El mandatario saliente había superado la grave crisis financiera de 1876 con medidas enérgicas. De 17.000 empleados públicos que había en 1874, sólo quedaron 11.000 cuando Avellaneda terminó su mandato. Incluso éstos debieron sufrir el 15 % de descuento en sus magros haberes. El presupuesto era considerado como el equivalente a una cuenta privada. No se imaginaba la posibilidad engañosa de distribuir ingresos inexistentes. Avellaneda y sus colaboradores consideraron que la crisis era momentánea y que el trabajo nacional, la incorporación de inmigrantes con sus brazos creadores de riqueza, la expansión de los ferrocarriles, la explotación de las tierras ganadas al desierto y la radicación de nuevos capitales contribuirían a superar el difícil trance.

Y no se equivocaron. Federico Pinedo señala que durante la presidencia de Avellaneda, la Argentina desaparece del mercado mundial como importadora y aparece como exportadora de granos. Desde 1870 a 1875 se importan 50.000 toneladas de trigo; desde 1876 comienza la exportación que en 1884 - bajo la presidencia de Roca - llega a 100.000 toneladas de trigo y maíz.

Entre 1875 y 1880 llegan al país 250.000 inmigrantes. Y al terminar Avellaneda su mandato existen, al amparo de la ley N° 817, diez colonias oficiales establecidas en Chubut, Santa Cruz, Resistencia, Formosa, Villa Libertad, San Javier, General Alvear, Sampacho, Caroya y



**REVISTA DEL NOTARIADO**  
**Colegio de Escribanos de la Capital Federal**

Presidente Avellaneda, y cuatro privadas en Iriondo, Olavarría, Rodríguez y Paraná.

Hacia el 80, al amparo de medidas proteccionistas que Pellegrini defendió como diputado, la industria azucarera comenzó su proceso de expansión y diversificación. Carlos Heras afirma que, en esos años, en Buenos Aires se fabricaba papel, ácido sulfúrico, fósforos, cajas de madera; se había iniciado en el Litoral la industria textil, perfeccionándose la curtiembre. Surgieron, asimismo, las fábricas de aceite, sebos, cajones, sombreros, bebidas, comestibles, dulces, chocolates, carruajes, vidrio y botellas; proliferaban los talles de tornería, carpintería, alfarería, etc.

En el plano cultural quizá sea suficiente recordar algunos nombres prominentes: Bartolomé Mitre, Juan Bautista Alberdi, Domingo Faustino Sarmiento, Vicente Fidel López, Juan María Gutiérrez, Dalmacio Vélez Sársfield, Félix Frías, Olegario V. Andrade, Ricardo Gutiérrez, Hilario Ascasubi, Estanislao del Campo, Carlos Guido Spano, Miguel Navarro Viola, Pedro B. Palacios, Martín García Merou, José Manuel y Santiago Estrada, Pedro Goyena, Miguel Cané, Lucio López, Carlos Olivera, Héctor y Luis V. Varela, Eugenio Cambaceres, Calixto Oyuela, Belisario Montero, Rafael Obligado, Martín Coronado, Lucio V. Mansilla, Rodolfo Rivarola, José Nicolás Matienzo, Ernesto Quesada, Luis María Drago, José María Moreno, Amancio Alcorta, Antonio Malaver, Manuel Obarrio, Angel Justiniano Carranza, Antonio Zinny, José María Ramos Mejía, Aurelio Prado, Francisco P. Moreno, Ramón Lastra, Estanislao Zeballos, Rufino de Elizalde, Eduardo Wilde, Manuel Augusto Montes de Oca, y muchos otros. Algunos pertenecían a la generación fundadora de la organización nacional. Otros, más jóvenes, contemporáneos de Pellegrini - que en el ochenta tenía sólo 34 años - , estaban dispuestos a proseguir la senda abierta por aquéllos. Todos, desde el libro, el periódico, la cátedra o el parlamento, contribuyeron a consolidar y conformar la cultura argentina.

Lamentablemente, durante la presidencia de Roca, se planteó en la Argentina una innecesaria polémica religiosa. Se proyectó, sobre todo, en el ámbito de la enseñanza. El reemplazo de Manuel Demetrio Pizarro por Eduardo Wilde en el Ministerio de Instrucción Pública marcó el comienzo de la controversia. Los católicos, liderados por José Manuel Estrada, Pedro Goyena, Tristán Achával Rodríguez, Miguel Navarro Viola, Alejo de Nevares y Emilio Lamarca, levantaron la bandera de la libertad de enseñanza y fundaron el periódico La Unión. Los ánimos se caldearon y el Gobierno Nacional llegó al extremo de suspender al Vicario Capitular de Córdoba, monseñor Clara, al Obispo de Salta, monseñor Risso y Patrón, a los vicarios de Jujuy y Santiago del Estero, monseñores Cau y Lugones. Además, el Nuncio Apostólico, monseñor Luis Mattera, fue expulsado del país y los profesores José Manuel Estrada, Rafael García, Emilio Lamarca, Nicéforo Castellanos y Nicolás Berrotarán privados arbitrariamente de sus cátedras universitarias.

Roca, en su segunda presidencia, arrepentido de los males derivados de

**REVISTA DEL NOTARIADO**  
**Colegio de Escribanos de la Capital Federal**

su innecesario enfrentamiento con la Iglesia, reanudó relaciones con la Santa Sede. Y el ministro Eduardo Wilde, campeón del sector del laicismo antirreligioso, murió años después en Europa, besando un crucifijo.

Al margen de la grave contienda con los católicos, la administración de Roca, en cuyo transcurso Pellegrini actuó como senador nacional y ministro de Guerra, exhibe indicadores que muestran el sensible progreso que el país experimentó entre 1880 y 1886. Las líneas férreas al abaratar los fletes, influyeron enormemente en el progreso general. Buenos Aires dejó de ser una provincia eminentemente ganadera para pasar a serlo también agrícola. Las obras del puerto de Buenos Aires, impulsadas desde su banca de senador por Pellegrini, contribuyeron a cimentar el progreso económico de la Argentina.

En 1885 comenzaron a circular los nombres de los posibles reemplazantes de Roca. Figuraban entre ellos el gobernador de Buenos Aires y fundador de la ciudad de La Plata, doctor Dardo Rocha, el doctor Bernardo de Irigoyen, el ex presidente Domingo Faustino Sarmiento, el concañado de Roca, doctor Miguel Juárez Celman y el doctor Victorino de La Plaza. Los católicos levantaron la candidatura de José Benjamín Gorostiaga, constituyente del 53 y del 60, cuya figura venerable todos respetaban. Finalmente se unieron a los irigoyenistas y a los rochistas y adhirieron a la candidatura de Manuel Ocampo. Después de una compleja campaña electoral, se efectuó el acto comicial. Las cifras del escrutinio, efectuado el 13 de junio, señalaron que Juárez Celman obtenía 168 votos contra 32 de Manuel Ocampo. El candidato oficialista había triunfado en todos los distritos salvo Buenos Aires, Tucumán y Salta, que dieron sus votos a Manuel Ocampo. Como vicepresidente, quedó consagrado Carlos Pellegrini.

Pellegrini, paulatinamente, se fue distanciando del Presidente. No había olvidado sus convicciones sobre la necesidad de moralizar la vida política argentina. Incluso era escéptico en cuanto a los beneficios que pudieran derivarse de leyes perfectas. A su juicio, la Constitución de Buenos Aires de 1873, excelente en su redacción y en sus inspiraciones, corroboraba que las buenas intenciones no siempre se traducían en hechos concretos. En un discurso pronunciado en 1881 había fijado su posición al sostener que las Constituciones se escriben porque hay temor de que se olviden y por eso más vale una costumbre mediana, que cien constituciones buenas. A Pellegrini no le satisfacía que los comicios se resolvieran mediante la intervención de grupos minúsculos que se imponían a veces mediante la violencia, ante la indiferencia de la gran mayoría de los ciudadanos. Afortunadamente, los resultados no fueron funestos porque a pesar de sus deficiencias las elecciones contribuían a seleccionar a los más capaces, a los más virtuosos, quienes asumían la función pública sin intervenir, generalmente, de modo directo, en los trajines comiciales. Esta modalidad, este valor entendido, salvó a nuestra naciente República. No se discutía que el gobierno era algo serio, grave, delicado, que requería sapiencia y prudencia. Lo paradójico es que luego

**REVISTA DEL NOTARIADO**  
**Colegio de Escribanos de la Capital Federal**

de instaurarse en nuestra Patria un sistema electoral que promovió la afluencia de votantes, los resultados no siempre fueron óptimos. Ello porque se olvidó que - como lo advierte Montesquieu - las repúblicas, para no perecer, deben ser gobernadas por los hombres más virtuosos. Los griegos, por ello, asociaron la elección a las formas políticas que procuran seleccionar para el gobierno a los más capaces. En cambio, consideraban que el sorteo, que equipara en posibilidades a sabios e ignorantes, virtuosos e inmorales, era el procedimiento que, como principio, debía aplicarse en su democracia directa. No obstante, razones de supervivencia les indicaron la inconveniencia de usar también el sorteo para designar a quienes debían demostrar su pericia actuando como estrategas en los conflictos bélicos. En nuestro tiempo, en la medida en que la elección se fue transformando a algo similar, en sus resultados, al sorteo, permitiendo el libre acceso al poder de incapaces e inmorales, la República marchó a su ruina. El país entró en un proceso de decadencia que ahora procuramos revertir, pero que costará años de esfuerzos y fatigas. La elección debe constituir nuevamente un proceso de selección de los más idóneos para que no quede desnaturalizado el régimen implantado por la Constitución Nacional.

La presidencia de Juárez Celman se desarrolló bajo el signo de inquietantes síntomas económicos y financieros. "La especulación en la Bolsa - ha escrito Rivero Astengo - , el agio en las operaciones, la inflación del valor de la propiedad inmueble, el torbellino de los negocios, turbaban las mejores cabezas".

La decisión de modificar el Código Civil en lo concerniente al matrimonio suscitó una nueva polémica entre católicos y laicistas. El gobierno pudo evitarla porque el sistema de Vélez Sársfield, sabiamente, amparaba la libertad religiosa en todo lo referido a la celebración de los matrimonios, limitándose a regular los efectos civiles de los mismos. La cuestión provocó la airada reacción de los católicos, incluso de aquellos que, como los senadores Funes y Nougués, pertenecían al sector juarista. Pero el gobierno persistió en su posición. El problema se habría superado eximiendo de la obligatoria ceremonia civil a quienes optaran por celebrar su matrimonio ante cualquier culto. Pero el oficialismo no se mostró dispuesto a admitir matices. El Ministro de Justicia, Instrucción Pública y Culto llegó incluso a extremos injuriosos al sostener en el Senado que el matrimonio sacramento ha estado mucho más cerca de ser el matrimonio de las bestias.

La ley fue sancionada, contribuyendo a acentuar la soledad del gobierno. En cambio, la oposición fue engrosando sus filas. Los católicos se unieron a sectores orientados por Aristóbulo del Valle, Leandro N. Alem, Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López, que se oponían por variados motivos al unicato presidido por Juárez Celman.

Pellegrini, desde Europa, el 17 de julio de 1889, en carta a su hermano Ernesto, comentaba: Aquí empieza a descomponerse la plaza para las cosas argentinas... Si un médico me viera los ojos amarillos y quisiera curarme curándome los ojos, se expondría a dejarme tuerto, pues la

**REVISTA DEL NOTARIADO**  
**Colegio de Escribanos de la Capital Federal**

causa está en el hígado. . . El mal está en la industria y la producción, que hace años es insuficiente y el año pasado ha sido muy mala por la pérdida de las cosechas. Me dirán: ¿Qué hacer entonces? Pues, lo que hace el agricultor que pierde su cosecha: aguantar, se aprieta la barriga y economiza todo lo que puede, mientras vuelve a sembrar. Proteger la industria por todos los medios y ¡dejarse de bolsas, tesoros, bimetatismos y música celestial!

Otra, aparentemente, era la posición de los juaristas. Creían conjurar la crisis contratando nuevos empréstitos, haciendo nuevas emisiones de papel moneda, y dejándose llevar por un ciego optimismo.

La oposición intensificó, en el interín, las críticas al Gobierno Nacional. La naciente Unión Cívica organizó un acto en el Jardín Florida, el 1º de septiembre de 1889. Hablaron Alem, del Valle, Vicente Fidel López, Delfín Gallo y Pedro Goyena. Incluso quienes habían polemizado a lo largo de la década se unieron auspiciando la regeneración cívica de la República. En el Frontón Buenos Aires hubo un nuevo meeting el 13 de abril de 1890. Pronunciaron discursos Estrada, Goyena, Navarro Viola, Mitre, Alem y del Valle. Al día siguiente el Jefe de Policía le expresó a Juárez Celman, refiriéndose a la manifestación de la Unión Cívica: Ha concurrido todo Buenos Aires.

La insurrección militar estalló el 26 de julio bajo la jefatura del general Manuel J. Campos. Pero en las filas del ejército obtuvo muy limitadas adhesiones. La mayoría optó por sostener a las autoridades constituidas. También Pellegrini, que había vuelto de Europa, se opuso, como en 1874 y 1880, no obstante sus discrepancias con Juárez Celman, a esta nueva insurrección. A su juicio el progreso cívico debía derivar de la evolución política. Asumió, como siempre, el primer lugar en la lucha, dirigiendo en la plaza Libertad la represión junto el legendario general Levalle, y despreciando ambas las balas que disparaban los revolucionarios.

Ante el fracaso militar del movimiento, los insurrectos debieron convenir un armisticio. A ese efecto se trasladó Aristóbulo del Valle hasta la casa en la que Pellegrini había instalado su despacho.

Los amigos y correligionarios de antaño llegaron fácilmente a un acuerdo honorable. La revolución quedó así vencida, pero como lo expresó Manuel Demetrio Pizarro en el Senado: El Gobierno había muerto. Pellegrini era el hombre de la hora. Había sido el personaje central del drama. Había rechazado el nombramiento de General de División, que pretendía acordarle el Ejecutivo en reconocimiento a su actuación meritoria, exclamando: ¡No estamos en carnaval para estas designaciones! Pero no pudo declinar la presidencia. La asumió dispuesto incluso a recoger en su gobierno las mejores inspiraciones de la oposición. Integró así un gabinete en el que estaban representadas todas las tendencias: el general Roca, Eduardo Costa, Vicente Fidel López, José María Gutiérrez y el general Levalle, fueron los ministros de su presidencia histórica.

Pellegrini encaró con energía los problemas del momento. Enfrentó la grave crisis financiera mediante un empréstito interno que cubrieron

**REVISTA DEL NOTARIADO**  
**Colegio de Escribanos de la Capital Federal**

particulares dispuestos a otorgar su confianza al nuevo Presidente. Creó la Caja de Conversión y fundó el Banco de la Nación. Respetó a sus adversarios y permitió que en las elecciones de 1892 la Unión Cívica obtuviera una victoria que llevó al Senado a Leandro N. Alem y a Aristóbulo del Valle. Respetó las autonomías provinciales interviniendo por causas justificadas sólo a Tucumán y Catamarca. Su gestión en el campo económico y financiero, secundada de modo inteligente por Vicente Fidel López, permitió que el país retomara paulatinamente su rumbo de progreso.

El 24 de mayo de 1892 llevó ante las Cámaras un mensaje memorable. Allí reiteró su vieja tesis de que los hombres educados y las costumbres austeras son más relevantes y fructíferas que las mejores leyes teóricas. Pellegrini creía - siempre creyó - en los procesos pedagógicos pacíficos y evolutivos. En el mensaje se lamenta de que no tengamos los hábitos adquiridos por los pueblos más civilizados luego de una experiencia de siglos. Entre nosotros - dice Pellegrini - "ha sido necesario crearlos por medio de la educación política y esa educación no pudo extenderse durante la época de la lucha por la emancipación ni durante la anarquía y tiranía que la sucedieron, y no es seguramente, en el corto espacio de 40 años que llevamos de una vida con formas regulares, que ellos han podido penetrar en las costumbres de la República entera". Pellegrini clamaba por "ciudadanos constantes en el ejercicio pacífico de los derechos políticos, que proclamen como principio fundamental, acreditado por la experiencia de 80 años, que la violencia es estéril y ruinosa, y que la reforma de nuestros malos hábitos sólo se ha de conseguir por la prédica y el ejemplo, dentro y fuera del poder".

Ese mismo 24 de mayo de 1892 Pellegrini concurrió a la colación de grados de la Facultad de Derecho. Vestía de frac, ostentando la banda presidencial sobre el amplio pecho, pero con evidentes señales de fatiga física en el semblante. Los estudiantes militaban en su mayoría en la oposición. No obstante, "a su paso - dice Vicente C. Gallo - , las filas estudiantiles se abrieron respetuosamente y por entre ellas, sin que un murmullo siquiera exteriorizara una convicción política contraria, el presidente Pellegrini, desgarrado, pero altivo, subió al salón de grados y habló a la juventud". Su discurso es una pieza antológica. Dijo a los graduados: "Seréis mañana los legisladores y los constituyentes y vuestro más grande anhelo será corregir los vicios que hoy afean nuestra vida política, y que han sido y serán origen de males continuos. No incurráis en el error de buscar en la ley escrita el remedio a un mal que está en los hábitos, porque vuestro trabajo será estéril". Refiriéndose a la Constitución de Buenos Aires, de 1873, teóricamente perfecta, señaló: "Sus autores creyeron sinceramente haber establecido la piedra angular del monumento institucional de la República. Se vio más tarde, no sin cierto asombro, que no se había adelantado un paso en materia de prácticas políticas, y si algún cambio se había operado, era tal vez un retroceso. Es que habían olvidado que, en cuestiones institucionales, vale más una costumbre mediana que cien constituciones buenas, y que

**REVISTA DEL NOTARIADO**  
**Colegio de Escribanos de la Capital Federal**

la conducta de un pueblo obedece más a sus hábitos y tradiciones, que a sus leyes escritas".

Al retirarse de la presidencia, Pellegrini comienza a bajar la montaña. Tiene sólo 46 años pero su salud se encuentra quebrantada. La muerte en un duelo de su íntimo amigo Lucio López - el autor de La Gran Aldea - , el 29 de diciembre de 1894, le produce una tristeza infinita. Habla en el sepelio y condena al duelo como un atavismo de barbarie. Enlutan, también, su espíritu, las muertes de Aristóbulo del Valle y de Leandro N. Alem. Con el primero, más allá de las ocasionales divergencias, había mantenido una amistad cordial. También a Alem le profesaba afecto. Había polemizado con el tribuno radical en septiembre de 1894 a través de cartas publicadas en La Prensa y en La Nación. Pero en el espíritu grande y generoso de Pellegrini no cabían los rencores.

"El día del suicidio de Alem - 1º de julio de 1896 - fue para Pellegrini - apunta Ramos Mejía en sus memorias - de una gran tristeza". ¡Pobre Leandro! repetía cada vez que recordaba la desaparición del líder radical. En 1895 Pellegrini vuelve al Senado. Dos años después declina sus posibilidades presidenciales en beneficio del general Roca. Considera que éste es el hombre indicado para llegar a una solución satisfactoria con Chile. Algún tiempo después, en 1901, con motivo del debate sobre la cuestión de la unificación de la deuda, se produce el distanciamiento definitivo entre los dos líderes del Partido Autonomista Nacional. En esta etapa final de su vida, Pellegrini se muestra muy interesado en las cuestiones sociales, llegando a auspiciar incluso la paulatina sustitución del régimen estricto del asalariado por instituciones jurídicas que permitan asociar a la empresa a los trabajadores mediante formas de participación en los beneficios.

En los últimos años de su vida se dedica a fustigar las malas prácticas políticas con acentos que recuerdan las ideas expuestas en su tesis doctoral de 1869. En la Cámara de Diputados, a la que ha vuelto representando a una coalición de autonomistas, republicanos y radicales, el 9 de mayo de 1906, dos meses antes de morir, pronuncia su último discurso. Allí expresa: Traigo la máquina fatigada, porque la jornada ha sido larga y el camino muchas veces accidentado y áspero. Formula luego una severa crítica a las prácticas viciosas subsistentes, señalando que la "verdad real y positiva es que nuestro régimen en el hecho, no es representativo, ni es republicano, ni es federal".

A pesar de la severidad del diagnóstico, Pellegrini estaba seguro de que el siglo XX sería decisivo para la evolución política argentina. Así lo había declarado en 1901 a Estanislao Zeballos: "...Tengo la fe más absoluta de que al finalizar el siglo XX, seremos no sólo la potencia más grande de la América Española, sino una de las más grandes naciones del mundo. Y si no lo somos, no será por culpa de nuestra política exterior, sino por causas internas".

Palabras proféticas. No somos lo que pudimos ser por culpa propia. Preferimos amenguar el fuego sagrado que latía en el corazón de hombres como Pellegrini. Prescindimos de los ideales de las

**REVISTA DEL NOTARIADO**  
**Colegio de Escribanos de la Capital Federal**

generaciones fundadoras. Fuimos ingenuos frente a mitos, utopías y mentiras. Aceptamos crédulamente doctrinas totalitarias. Y ahora nos encontramos distantes de las metas auguradas por Pellegrini. Sin embargo, la vocación de grandeza que recibimos de nuestros mayores no se ha extinguido. Necesitamos simplemente mantenernos firmes en el cauce trazado por los arquetipos de nuestra historia, sin incurrir en sus errores y extravíos.

Consolidemos, nuevamente, como hace un siglo, el sistema republicano, haciéndolo inmune a los ataques ostensibles o encubiertos de las fuerzas subversivas y a las tentaciones siempre latentes de la demagogia.

Renovemos, para ello, nuestra fe en los principios que cimentaron la organización de la República.

Desde la eternidad, Pellegrini nos señala el camino. Juremos todos no abandonarlo jamás.